

1

Dejó que la fuerza le enguliese como a un ahogado la última ola. Guiñó los ojos tras el terciopelo. Pulsó el cronómetro y se lanzó a tumba abierta. Permutó ochenta y cuatro movimientos antes de completar el cubo. Los algoritmos aún zumbaban multicolores en su cerebro cuando se sacó el antifaz y detuvo el crono: 22:07:28. Lejos de su récord a la ciega aunque no estaba mal del todo.

Devolvió el *Rubik* de $3 \times 3 \times 3$ a su rincón en la estantería. Sus manos tentaron el paquete de tabaco inexistente en los bolsillos de su chupa. Seis semanas sin fumar ya. Se había levantado a las siete de la mañana, corrido sus diez kilómetros en cincuenta minutos y desayunado como una Gorgona antes de acudir a la oficina. Se sentía pletórica, sus pulmones funcionaban como dos fueles; pero seguía repitiendo una y otra vez los gestos rutinarios de fumadora compulsiva sin poder evitarlo. De hecho, hubiera dado el meñique por poder prender con impunidad un pitillo en aquel instante. Colmar su aparato respiratorio con el humo del tabaco, la nicotina y las tropecientas sustancias nocivas que le acompañaban sin que se disparase otra vez el mecanismo de la adicción. Por fortuna, no tuvo tiempo para torturarse sobre el particular; la nueva recepcionista rubia golpeó con suavidad en su puerta abierta y le hizo saber que Yoda quería verla.

Escaneó el desplazamiento de la rubia hasta que sus esbeltas piernas forradas en unos tejanos de denim color pistacho desaparecieron tras el mostrador del vestíbulo. Luego caminó quince metros por el pasillo y se plantó en

el despacho del jefe precedida por su sonrisa más borde. Emilio Maqueda no pudo apreciarla, tenía la cabeza sepultada en un dossier que intentaba leer con unas lentes caladas.

—Te vas a quedar más ciego que Pepe Leches con esas lupas de farmacia —saludó—. ¿Por qué no pides visita a un oftalmólogo?

—Por la misma razón que no voy a un nefrólogo ni a un cardiólogo —gruñó el otro sin mirarla.

—Del urólogo mejor no hablamos.

Maqueda hizo un sonido de cañería embozada con su garganta que significaba “cierra la puerta, siéntate y no me toques la paciencia”. Raquel obedeció, gatuna. Emilio se sacó las lentes, levantó la vista del dossier al fin y la apoyó severo sobre ella. Los ojillos saltones se achicaron en dos ranuras azulencas y sus belfos adoptaron el aspecto de un tubérculo fruncido en mitad del rostro salpicado de vitíligo. Su parecido con el sabio caballero Jedi era cada día más acusado.

—¿Qué tienes pendiente para esta mañana?

—En un rato entrego un informe.

—¿Cuál?

—El de Alapont.

—Ya. A las once y media te quiero de vuelta. Tenemos reunión.

—¿Con quién?

—Tu cliente favorito, pelirroja.

—No me jodas.

—En efecto. El señor Nomejodas ataca de nuevo. Veremos con qué nos sorprende.

—Me da que la única sorprendida voy a ser yo. Como siempre.

Abandonó el despacho de Emilio, recogió su chupa y su mochila en el suyo y enfiló la puerta de salida. La recepcionista le brindó una mirada escrutadora desde el mostrador. Raquel la ignoró con calculado regocijo. Intere-

sante moza. ¿De dónde la habría sacado el viejo? De alguna bolsa de trabajo universitario, probablemente. No debía de tener más de veinticinco años y poco o ningún interés por la compañía masculina; ella misma certificó desde su cuchitril cómo la rubia sorteaba con mano izquierda el asedio para compartir almuerzo en el bar de la esquina al que la sometieron sucesivos el Gualdrapas, Imbernón y el becario Morcillo durante la hora anterior.

Había sustituido aquella misma mañana en su puesto de trabajo a Gloria quien, tras aguantar con su prominente bombo tras el mostrador de la agencia hasta el último momento, rompió aguas el jueves anterior a primera hora y dio a luz a una niña de tres kilos y medio. Mientras trotaba escaleras abajo, Raquel se recordó a sí misma que debía comprar algún regalo para ambas, madre y neonata.

Diez minutos más tarde estaba en una cafetería cuca del ensanche donde había fijado la cita. En su mochila guardaba información sensible que incumbía al cliente de turno —Artur Alapont, cincuenta y cuatro años, domiciliado en Rocafort, casado y padre de tres hijos, copropietario de una azulejera—, y por la cual iba a cobrarle un dineral. Alapont les había encargado vigilar a su socio, Pío Moll —cuarenta y nueve años, residente en el distrito décimo de la ciudad, divorciado, guapo de cara y *bon vivant* sin aprensiones. Y a esa labor se había consagrado los últimos tiempos en cuerpo y alma. Más con el primero que con la segunda en honor a la verdad. Porque el requisito principal para el ejercicio de aquella profesión, Yoda *dixit*, era anestesiarse el alma, sea esta lo que fuere.

Piensa mal y acertarás, advierte el refrán; y en lo que a investigaciones privadas se refiere este aforismo se cumple casi sin excepciones. Cuando alguien recurre a un profesional para hacer investigar a una tercera persona, en la inmensa mayoría de las veces las sospechas del cliente resultan fundadas. En un porcentaje muy menor las actividades del investigado son otras, aunque con frecuencia también irregulares y quizá no menos punibles que las presumidas. Única-

mente en el escaso resto porcentual, la persona en cuestión sale limpia de polvo y paja de la encuesta. Podría alegarse que, dada la carestía de los servicios de investigación, un particular debe estar seguro de sus sospechas para ponerse en manos de una agencia de detectives. Mas lo indiscutible en este oficio es que por el humo se sabe dónde queda el fuego; y que ni los clientes ni los investigadores están por perder el tiempo.

Artur Alapont se presentó en la cafetería con minuto y medio de antelación sobre la hora de la cita, se instaló al otro lado de la mesa donde Raquel le aguardaba dando cuenta de un agua gasificada y un pincho de tortilla, saludó expectante y recibió en correspondencia un sobre color manila, un *pendrive* y un informe encuadernado en canutillo. Guardó el *pen*, apartó a un lado el informe sin echarle un mal vistazo, sacó las fotos del sobre, y se dedicó a contemplarlas en silencio durante un par de minutos. Alapont dejaba resbalar su mirada sobre las imágenes con una amargura que se iba concentrando en sus pómulos y en una zona de sombra replegada bajo sus párpados que, a medida que pasaba las fotos, se extendía en torno a las mejillas bien rasuradas y amenazaba con derramarse por su cuello cual mancha de oprobio indeleble.

La menor de los descendientes del señor Alapont contaba dieciséis años. Ella había descubierto que esta muchacha se acostaba con el socio de su padre un par de veces por semana. Las fotografías tomadas con teleobjetivo que el cliente estaba repasando documentaban a una adolescente regordeta, ardorosa y no demasiado atractiva, en cueros y en cuatro sobre la tumbona de un solárium dedicada a complacer los requerimientos de su maduro acompañante.

Raquel vigilaba el rostro ganado por la sombra del señor Alapont, su sorda indignación de padre y socio engañado, mientras experimentaba una vez más a qué se refería Maqueda con lo de anesthesiarse el alma. Resulta difícil acostumbrarse a ejercer como emisaria de la desgracia, y además cobrar por ello. Alapont no sabía nada respecto

a que su hija se dedicara a ventilarse el rijo con el otro. Encargó la investigación, según él, pues sospechaba de un caso de espionaje industrial en su empresa al hilo de una serie de actividades dudosas llevadas a cabo en los últimos meses por Moll. Y ahora se encontraba frente a la nada consoladora perspectiva de que el impoluto comportamiento negocial de su socio quedaba comprobado al tiempo que las fornicaciones de este con su hija.

—Yo convertí a este canalla en lo que es —murmuró el empresario dando por acabado con un manotazo su examen fotográfico—. Le encaucé cuando era un niño pijo sin iniciativa ni ambiciones.

—Hay que ver —suspiró ella para rellenar aquella embarazosa burbuja de silencio.

—Se lo puse todo en bandeja —agregó pinzándose el tabique nasal y enfrentándole una mirada lacrimosa—. Y ahora recibo en pago esta puñalada.

Puede que sus palabras fueran sinceras y referentes a los hechos de los que ella había procurado informarle; pero, amparada en su trayectoria profesional, Raquel Bonafed intuía que en la expresión del empresario habitaba una sombra aun más dañina que la proyectada contra la luz de estos hechos. Pues tampoco es infrecuente que los clientes mientan respecto a sus verdaderas intenciones, que justifiquen el encargo de la pesquisa en una causa y piensen en otra muy distinta. Y la reacción de Alapont, a su juicio, denotaba que había mentido, que deseaba saber con quién se acostaba Moll y que el hecho de que esa persona fuera precisamente su hija menor espolvoreaba un puñado de sal sobre la herida, si bien no constituía su esencial desgarró. Es más, en función de las hipótesis que se podían desarrollar a partir de dicha sórdida premisa, Raquel resolvió que no quería seguir interpellando aquella humedad que destilaban los ojos de su cliente.

Así que realizó un par de comentarios neutros, hizo referencia a su cita de media hora más tarde, y sacó a colación el abono de los honorarios. Alapont asintió, firmó

una planilla de su chequera y se la entregó. Comprobó el importe delante de sus narices, le extendió una factura, dejó que le invitara al tentempié. Se despidió del empresario, borró el vaho pegajoso de aquellas lágrimas de su conciencia, y abandonó el local. Pasó un minuto por el banco que trabajaba con la agencia para verificar el talón antes de subir a la oficina. Alapont era un hombre con el riñón bien cubierto.

No estaba al tanto de las últimas estadísticas del gremio; pero, en lo que a su empresa concernía, al menos un cincuenta por ciento de los asuntos que les encargaban eran tema de bragueta. Mucho menos que en la época heroica, según Emilio, aunque un porcentaje muy apreciable pese a que las investigaciones se hubieran diversificado en las últimas décadas: desapariciones, fraudes, herencias, control de bajas laborales, abusos, espionaje electrónico y, en general, cuestiones de escaso fuste. Salvo rarísimas excepciones, los grandes misterios y los pavorosos crímenes se reservaban a los profesionales de la ficción, la Guardia Civil y el Cuerpo Nacional de Policía.

Cinco cursos de Derecho y tres más de Criminología para esto. Cierto es que ella había tenido un debut espectacular en la profesión; pero la rutina no tardó en imponerse a la presunta aventura. Llevaba casi cuatro años trabajando como investigadora y había documentado una pila de guarradas. Algunas eran delito, otras lo rozaban y el resto resultaban cuanto menos desasosegantes. Niñas forzadas por sus propios padres, padres forzados por niñas impropias, viudas intimando con sus mascotas, viudos ejerciendo de mascota íntima, esposas sodomizadas por los mejores amigos de sus maridos, maridos sodomizados por los mejores amigos de sus esposas; en fin, toda una panoplia de infidencias y desvaríos carnales. Ella los había visto. Había visualizado, auscultado y registrado mediante distintos artilugios estas cochinas y otras semejantes, y vuelto a verlas de nuevo antes de elaborar y entregar al interesado o interesada cada informe y asistir a un derrumbe moral semejante al de Alapont. O peor incluso.

A menudo se preguntaba por qué los clientes perseguían la desgracia con ese ahínco. Por qué deseaban certificar a toda costa aquello que les concernía pero también les desarbolaba. Le sorprendía su insistencia y su torpeza. El apremio, la pulsión por saber esa verdad que acaso podía reportarles algún beneficio económico pero que por lo común les hacía asomarse al abismo sin compensación que les resarciese lo suficiente. Tanto más a cuenta les hubiera salido en muchos casos la transacción, la ceguera voluntaria, hasta los paños calientes y el doble juego. La mentira cotidiana y piadosa, ese embuste instrumental que en ocasiones hace habitable el mundo. Pero, por contra, parecían animados por el fuego purificador de la verdad revelada, la verdad fanática y vengativa por la que pagaban y de la que ella debía ser primero emisaria y luego perceptora de su abono. Anestesiarse el alma era ni más ni menos que acostumbrarse a vivir de la fatalidad ajena. Y Raquel Bonafed, pese al acopio de fuerza cósmica que hacía a diario, no siempre lo lograba.

Se había expuesto durante demasiado tiempo y por demasiado poco dinero a un bombardeo de escenas repugnantes seguido a menudo de otras melodramáticas. A consecuencia de ello, una angustia latente dificultaba cada vez más no ya el cumplimiento de sus obligaciones laborales, a veces también su mera capacidad de raciocinio. Porque, cuando se es testigo habitual de estas muestras de estulticia o perversidad, cuando una investigadora ejerce su oficio sin estar lo bastante anestesiada se comienza a dudar de la verdad y la mentira, del bien y del mal, del blanco y del negro. Se sufre, se pierde el sueño y, en su caso, se abandona el tabaquismo con la intención difusa e irrisoria de ahuyentar la muerte.

Raquel compró un paquete en el estanco de la esquina y fumó dos cigarrillos seguidos recostada contra un macetero urbano; el primero le supo a rayos, el segundo a gloria.

La recepcionista novata le urgió con su mirada nada más cruzar la puerta de la oficina: estaban esperándola

en la sala de reuniones. Depositó sobre el mostrador una bolsa de Maltesers que acababa de adquirir también en el estanco. La chica izó las cejas y sus ojos destellaron con sendos interrogantes.

—Bombones para un bombón. Regalo de bienvenida.

Esperó alguna morisqueta en vano, la rubia se limitó a agradecer aturdida y se abalanzó luego sobre los Maltesers tal que un ave de rapiña. Raquel contempló un instante cómo la chavala zampaba a dos carrillos. Al cabo, entró tras golpear en la puerta de la sala e intercambió besos con el tipo instalado frente a Maqueda, que se levantó nada más verla como si tuviese un resorte galante en el culo.

Nomejodas lucía el aspecto planchado, aerodinámico e imperturbable de costumbre. Acababa de aterrizar en la ciudad procedente de Roma. Viajaba más que un traficante de armas, oficio verídico que le adjudicó más de una vez ella en sus suposiciones. Aunque al parecer su nomadeo iba a cesar por un tiempo. El tipo le anunció que se quedaba en la ciudad al menos tres meses. No dijo cómo, por ni con qué objeto. Maqueda ya tendría esa información. Y ella se iría enterando.

La reunión de trabajo transcurrió según los parámetros previsibles. Emilio Maqueda y el señor Nomejodas se practicaron una mutua felación amistosa —contaron anécdotas, intercambiaron chismes, hicieron bromas, excusaron a los muertos y escaldaron a los vivos— mientras Raquel se dedicaba a apuntar los detalles del nuevo encargo.

Abandonó la sala cargada con tres dossiers, abundante trabajo para los próximos días y las dudas de siempre respecto a aquel cliente preferencial. ¿Para quién trabajaba en realidad? Esto es, ¿para quién trabajaba ella cuando lo hacía para él? Para el CNI. Esa fue la respuesta obvia durante un tiempo. Hasta que Emilio le reveló que Nomejodas había abandonado el servicio de inteligencia dos años antes, tras la matanza islamista de Atocha. Maqueda y el otro habían coincidido en el vetusto y militarizado CESID. Uno iba de salida cuando el otro acababa de entrar en la Casa. Por lo

visto, el viejo zorro y el cachorro de espía hicieron buenas migas y su relación con el correr de los años se prolongó más allá del sector público; pues los asuntos que les encargaba Nomejodas obedecían por lo general a todo tipo de intereses, salvo el común.

Raquel se propuso una vez más no especular sobre quién sería en realidad el destinatario último de las miserias que documentaba por cuenta de aquel sujeto enigmático. Se limitaría a hacer su trabajo. Ver, oír e informar. La divisa del buen profesional. El señor Nomejodas confiaba en Maqueda y Yoda a su vez confiaba en ella. Raquel sabía cosas que nunca podría contar a un amigo o filtrar a la prensa sin calibrar que con ello podía jugarse algo más peligroso que un rapapolvo profesional. A los tipos como Nomejodas no se les jodía de modo gratuito.

Pasó la tarde ocupada con aquellos tres dossiers. Los repasó de cabo a rabo. Googleó todo lo googleable. Diseñó una estrategia antes de planificar su trabajo del día siguiente. Visitó el almacén y sacó de allí el material que precisaba. Lo guardó en una bolsa de deporte, miró la hora: eran ya las ocho pasadas. Se asomó a la puerta del despacho y avizó a la rubia recogiendo sus trebejos. Antes de acudir al almacén, había comprobado cómo la chica rechazaba al igual que horas antes las propuestas de copazo vespertino que esta vez le hicieron Merceditas, el sabio Almela e, inmune al fracaso, repitió el becario Morcillo. Cargó la bolsa al hombro y se detuvo frente al mostrador.

—Gracias por las chocolatinas —le sonrió la recepcionista.

—¿Qué tal tu primer día? —indagó Raquel.

—Largo.

—¿Te tomas una copa conmigo o te espera el novio?

—Estoy casada pero mi marido está en Madrid entre semana por trabajo.

—Mira qué bien. ¿Me aceptas esa copa entonces?

—No bebo. Me sienta como un tiro el alcohol.

—Entonces podemos pasar del trámite e ir directas a mi casa.

—¿A tu casa?

—Estaremos más cómodas —sugirió Raquel mientras volcaba toda la fuerza por sus ojos.

La rubia apartó los suyos, sonrojada. Cuando se los volvió a enfrentar, venían acompañados de una sonrisa traviesa.

—Déjame que haga una llamada.

—Te espero abajo.

Raquel Bonafed salió con prisa de la oficina. Descendió al trote los cuatro pisos hasta la calle. Se fumaba encima.

Director de la colección: Sebastià Bennasar

© del texto: Jordi Juan Martínez, 2017

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2018

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Primera edición: enero de 2018

ISBN: 978-84-9743-806-3

DL L 14-2018

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.